

se prepara tan aprieta este lugar desventurado? Para fulano, respondieron, nombrandole al Caballero, su bienhechor, ¡Oh, Dios! Ardíó su corazón agradecido al oír esto. ¿Cómo, Señor, al que así focorre à tus Esposas? Por qué tanta desdicha? Porque há treinta años, le respondieron, que estando confesando muchas veces, se ha confesado siempre tan mal, que nunca ha conseguido la gracia en la Confesion. Y yá se llega el plazo, que se le ha concedido, y vendrá presto à este lugar. Volvió con esto la Santa à sus sentidos toda atonita. Envía à toda priesa à llamar aquel hombre, que luego, luego venga, que no tarde. Viene: ¿qué priesa es esa? en que vá vuestra salvacion. Refierele lo que acababa de vér, y con tales palabras, que él, hecho un mar de lágrimas, confiesa, y conoce que es así todo. Hace llamar al punto un Sacerdote, y que le confiese de veras. Así lo hizo, con grande arrepentimiento. Y luego lo envió à su casa, y à muy poco tiempo murió. Y fue revelado à la Santa, que por aquella Confesion se havia librado del infierno. ¿A cuántos, que me están oyendo les estarán ahora, ahora preparando yá à toda priesa el lugar en el infierno, por las malas Confesiones, que hasta aqui han hecho? Almas ciegas, abrid los ojos, que con una buena Confesion las enmendais todas, os librais del infierno, y lograis la Gloria.

## PLATICA V.

### DE LA NECESIDAD DEL EXAMEN de la conciencia, y con cuánta diligencia debe hacerse.

A 20. de Noviembre de 1692.

**G**Ran principios de el remedio, conocer el oculto daño. Entra la medicina por la noticia de la enfermedad, si ha de salir con el logro dicho de la salud; que descubierto, y conocido el mal, media batalla queda que vencer. No sé si diga confusion, ò aliento de los Christianos, que un Gentil sea quien al mayor mal del alma apunta así la mas cierta medicina. Habla Seneca como pudiera hablar S. Pablo: *Initium salutis notitia peccati, qui peccare se nescit, corrigi non vult; deprehendas te oportet, antequam emendes.* Conocer el pecado, es el principio de la salud, que mal evita la ignorancia los daños, que no conoce; y para enmendar tus yerros, es menester primero que los descubras. Alto, pues, levanta contra tí mismo dentro de tu corazón un Tribunal: *Ideo quantum potes te ipsum argue.* Averigua, inquiere, busca dentro de tí misma tus yerros, tus culpas, tus delitos: *Inquiere in te.* Y haciendo primero el oficio de acusador, haz luego tambien el de Juez: *Accusatoris primum partibus fungere, deinde Judicis.* Tropieza alguna vez dentro de tí mismo contigo, de tantas como per-

dido fuera de tí, andás tropezando con todos: *Aliquando te offende.* ¿Y ese es el principio de la salud? Sí. Pues ese mismo es el examen de la conciencia, que nos es del todo necesario para lograr en el Sacramento de la Penitencia la gracia. Por este examen diligente, atento, cuidadoso, ha de empezar el conocimiento de las culpas nuestro remedio: *Initium salutis notitia peccati.*

Sucedió alguna vez, que empenado un cazador en su ejercicio de una en otra montaña, quando mas divertido à la priesa, y apostado à la porfia, hallandose en doblada noche de tempestad, y tinieblas, embargado de las sombras, dudoso de las sendas, ignorante del camino, temeroso del precipicio, perplexo yá en los pasos, ambiguo en los temores, quando à la enemiga luz de un rayo, descubrió entre las tinieblas los toscos paredones de un antiguo edificio, y al punto firviendole de ojos las manos, à tientas, quitando puntas, y apartando ramas, penetra hasta guarecerse de un mal formado techo, que dexó temeroso la ruina; y allí, sin reparar en lo mal mullido de las piedras, focorrido lecho à su necesidad, y à su fatiga, tiende el cuerpo, sofiega el corazón, duerme el descuido, y sin moverse, pasa descansado la noche toda, hasta que yá al romper el día, abriendole la luz los ojos, se vé cercado, (¡qué horror!) aquí de enfortijadas vivoras, allí de venenosos escorpiones; vé, que por la una parte se espereza dormido un Tigre; vuelve, y vé, que por la otra desembuelve sus roscas un fiero dragon. Y al punto, el que durmió tan descuidado, falta lleno de horror, corre, huye, y mas fuera de sí, que de la cueva, le queda palpitando al miedo el corazón, acezando la respiracion al fusto. Pues, hombre, le diria yo, tantas horas de sofegado sueño, y ahora tanta priesa en la fuga? Quién te descuidó en tanto riesgo? La ignorancia del peligro. ¿Quién ahora te hace temblar en el peligro? El conocimiento del riesgo. De qué tiemblas? De lo que veo. De qué temes? De lo que miro. Pues el mirar, y el vér fabricaron ahora todo ese veneno? No, sino labraron la advertencia. Gracias à la luz, que me dió el vér para temblar, y me prestó el mirar para temer. No he dicho lo que pasa allá en las montañas de la Mauritania? no, sino lo que sucede à un pecador, que quando mas perdido en la noche de sus culpas, duerme, y descansa descuidado en una cueva de vivoras, en una guarida de dragones; esa es su conciencia, esa es su alma: *Habitatio demoniorum.* Y en esa cueva horrible duerme tan descuidado, hasta que alguna vez entre la luz del Divino auxilio, abre con un diligente examen hácia dentro de su alma los ojos, vé sus daños, mira quantos son sus peligros; y atonito, y espantado, corre al punto à buscar con el arrepentimiento en la Confesion su remedio: *Tunc*, dice San Gregorio el Grande, *tunc culpas plangimus, cum pensare cœperimus; sed tunc subtilius pensamus, cum sollicitius plangimus.*

Es

Es, pues, el examen de la conciencia el primer paso, la diligencia primera que tenemos que hacer del todo necesaria para el Sacramento de la Confesion. Volver una alma à mirarse à sí misma; ir desde la última confesion bien hecha recorriendo sus pasos, sus ocupaciones, sus ejercicios, y apuntando à la memoria todas las culpas mortales, que desde entonces ha cometido, ò con el pensamiento, ò con las palabras, ò con las obras: *Vide vias tuas, scito quid fueris.* (*Jerem. 2. v. 23.*) Recorre tus caminos, mira tus pasos, advierte tus acciones. No basta, pues, confesarnos en general, y como dicen de monton: acufome, que soy gran pecador, que son muchas, y muy graves mis culpas. No basta eso, que las tiene Dios muy contadas, y con todas las circunstancias que mudan especie: Allá, dice Job, que le contó Dios sus pasos: *Tu quidem gressus meos dinumerasti.* Y que sus pecados los tiene guardados, como en una talega se tienen los reales: *Signasti quasi in saculo delicta mea.* ¿Cómo en una talega? Sí. Reparenlo. ¿Quién hay, que eche en la talega los reales sin contarlos? Mas en una talega de mil pesos, no solo vá el numero apuntado, *signasti*, sino que alli hay de todas monedas: de à ocho, de à quatro, de à doce, y todas al contar se conocen, y se distinguen. Así, pues, dice Job, no solo el numero de mis culpas, sino tambien, como en la moneda los pesos, y los de à quatro, así me tienes guardadas las circunstancias tambien, que varían, y mudan mis pecados.

Ahora, pues, si en la confesion debemos necesariamente confesar, no solo el numero de las culpas, sino tambien aquellas circunstancias, con que varían especie esas culpas, figuese de aqui, dice el Santo Concilio de Trento, que debemos antes de la confesion prevenirlas con un diligente examen de la conciencia, tan del todo necesario, que si este examen se dexa de hacer, ò por culpable descuido, ò por malicia, ò lo que es mas ordinario, por ignorancia crasa, y afectada: quiero decir, por ignorar lo que cada Christiano debe saber debaxo de pecado mortal, por no saber la Doctrina Christiana, por no saber, ni entender los Mandamientos; la confesion hecha así sin examen es mala, es sacrilega; y en vez de perdonarle en ella los pecados, queda con un nuevo sacrilegio. ¡Oh, Dios! despues de un año entero de culpas, y de un total olvido de Dios, venirse à confesar sin haverse examinado, sin haver pensado, ¿qué confesiones son estas? Son sacrilegios, y son condenaciones. Y los que así se huvieren confesado, sepan, que si quieren salvarse, deben reiterar, y repetir todas esas confesiones hechas sin examen, porque todas son de la misma manera, que si voluntariamente huvieran callado las culpas. Bien sé yo, que el Confesor debe ayudar al Penitente, segun fuere mas, ò menos su capacidad; pero eso se entiende haviendo de su parte el Penitente hecho su diligencia, y procurado traer à la memoria sus culpas. Pero venirse solo fiado en Pre-

guntame Padre, ¿cómo respondereis de repente à una pregunta de lo que hicisteis, ò pensasteis ahora ocho meses, ò diez, ò un año? *Ferè impossibile est,* dice nuestro Eximio Suarez. (*Suar. in 3. p. t. 4. D. 22. S. 10.*) Es casi imposible. Mas, mas. El Confesor, ni sabe vuestras inclinaciones, ni vuestras costumbres, ni en qué ocasiones vivís, ni en qué pasos. ¿Pues cómo quereis que os adivine entre los innumerables escondrijos, que oculta un corazón humano? En una sala, en una despena del todo obscura, llena de varias varatijas, y trastos; el que en ella vive, y está de día, y de noche, aunque así à obscuras entre, vá de memoria, y à tientas; como yá sabe donde está cada cosa, aunque con trabajo, la topa. Pero si entra así à obscuras uno que jamás ha entrado allí, ni visto aquello, podrá, por señas que le deis, ir sacando à tientas cada cosa? Y qué ha de preguntar, donde puede haver cosas tan varias? En una tienda así à obscuras, ir preguntando? ¡Oh, Dios! Hay este genero? hay aquel? hay el otro? Nunca acabar fuera, si se huviera de ir preguntando, y sacando à tientas los generos que puede haver. Pues si en una conciencia perdida puede haver tantos, tan diversos generos de pecados, ¿cómo quereis que el Confesor vaya preguntando cada uno, para que vos le respondais de repente? Yá son dos dificultades, y casi imposibles: yá son dos hombres à obscuras ambos, y ambos preguntandose: ¿qué caídas, qué tropiezos? Y en esto se pone un negocio en que nos vá el alma? ¡Oh, ceguedad increíble, si no la topáramos cada Semana Santa! Bien sé yo, que el Confesor, al ir diciendo vuestras culpas, puede, y debe ayudaros, preguntando el numero que os dexais, ò suavizandoos el modo por donde él pueda hacerse capaz de ese numero, que à vos os parece tan imposible de ajustar, y el Confesor tiene modos muy faciles para entenderlo. Bien sé que podrá salir, averiguando las circunstancias, que mudan especie, y que vos no decís, os podrá hacer declarar mas lo que decís confuso, ò de ahí tomar ocasion para sacaros lo que fuere à eso concerniente. Os podrá por mayor preguntar por los Mandamientos. Pero si nada haveis pensado, ¿qué haveis de responder? Y qué respondereis à Dios, quando os hará en el tribunal el cargo de todos esos sacrilegios?

Yá yo he pensado, dice otro, pero no hallo nada, no tengo que confesar. ¿Y cuánto há que no se confiesa? Un año. ¿Y en un año no halla en su alma nada que confesar? ¡Oh, maravilla de virtud! Mejor diré: ¡Oh, pafmo de brutalidad! oh, monstruo de condenacion! este es el estado, mas desventurado à que puede llegar una alma, que la ciega de modo su malicia, (*Excavavit illos malitia eorum*) que ni vé, ni conoce sus mas enormes culpas. Yo confieso, que à tal respuesta, que mas de quatro veces la he oído, toda el alma se me estremece, pareciendome, que veo à mis pies un condenado. Despues de ocho meses, ò un año de vida libre, y desahogada en confesaciones, y

oca-

ocasiones sin recato alguno, sin alguna mortificación, sin muchos esmeros de amor de Dios, y aun quizá sin el menor recuerdo de que hay otra vida, y de que hay una eternidad! y despues de todo: *No tengo de que confesar.* ¡Oh, Dios! Celebra Seneca en una criada suya llamada Harpate, que estando ciega, ella sola no lo sabia, que xabase de que estaba la casa à obscuras, que no abrian las ventanas, que no encendian velas, echaba de sí algomefilo, y no havia que creer que estaba ciega. Esto que allá era para reír, es en muchos pecadores muy para llorar. Están ciegos, y no lo conocen. Mirad: el que de la luz entre de repente en una sala à obscuras, al punto que entra no vé nada, se halla como ciego, nada distingue; pero detengase allí un rato, y empieza luego à distinguir en la pieza los quadros; yá vé todas las alhajas, y yá conoce todas las personas. Así sucede; pues lo mismo os sucederá en la conciencia, que teneis tan obscura como una cueva de demonios; al entrar en ella de repente, nada vereis; pero deteneos un poco, mirad despacio, y vereis como vais descubriendo: en tal conversacion hice esta culpa, en tal parte donde me hallé cometí este pecado, y así los descubrireis; ò los mas, ò todos; pero si vuestro examen no fue mas que un mirar de tropel, aprieta, y sin atencion, vuelvo à decir que esa confesion hecha con tal examen fue sacrilega; y que no solo debeis volver à examinar, y confesar todas aquellas culpas, sino à confesaros tambien de esa confesion. ¡Oh, qué descuido tan lastimoso, que tiene à innumerables almas en el infierno! Este no pensar en las culpas, este no considerar su grande numero, su enorme gravedad, este no examinar el estado lastimoso de la conciencia, es la causa de que las confesiones se hagan tan de cumplimiento, tan sin arrepentimiento, ni proposito, y de que las almas, en vez de mejorarse, se empeoren en este Sacramento: *Non est qui agat penitentiam super peccato suo dicens: Quid feci? (Jer. 8.)* No hay quien haga penitencia, se queja Dios por Jeremías, no hay quien se arrepienta de sus pecados, ponderando consigo: *Quid feci? Qué es lo que he hecho yo? qué he cometido? Y no conociendo la fealdad de las culpas, porque ni se vén, ni se atienden, que se figue? Ser peores cada dia, y ser pésimos: Hoc nos pessimos facit,* dixo Seneca, sin tener tantas luces de la Fé: *Hoc nos pessimos facit, quod nemo vitam suam respicit. (Senec. Ep. 83.)*

Ahora, pues, si faltando del todo el examen, la confesion es sacrilega, si es sacrilega tambien, quando el examen es tan ligero, tan poco, tan de priesa, ¿quál, pues, debe ser el examen? Debe ser diligente, solícito, y cuidadoso. Por tres veces nos lo repite el Conc. de Trent. la primera: *Omnia peccata mortalia, quorum post diligentem sui discussionem, conscientiam habent, in Confessione recensere. (Sess. 14. c. 5.)* Diligente, dice, que ha de ser el examen, vuelve segunda vez: *Postquam quisque diligentius se excusserit, & conscientia sua sinus omnes, & latebras exploraverit, ea peccata confi-*

teatur, &c. Muestra cómo ha de ser en la solitud la diligencia, escrudinando todos los senos de la conciencia, averiguando sus escondrijos, sin ponerse à sí mismo solapas: *Sinus omnes, & latebras* (vuelve tercera vez) *singula peccata, quorum memoria cum debita, & diligenti prameditatione habeatur. (Can. 7.)* Enseña la atencion cuidadosa, con que uno por uno se han de pensar, se han de premeditar los pecados. ¡Oh, Dios, y qué cuidado de un Concilio! De aqui, pues, convienen todos los Doctores (Nav. in cap. Fratres, de Pœn. disc. 5. à num. 66. Castr. Pal. Layman. Bon. Suar. & commun.) en que esta diligencia en el examen debe ser tanra como la que pusierais en un negocio de grande importancia, en que os vá mucho. Para casar una hija, ¿qué no prevenís antes? qué preguntas? qué informes? qué discursos? Para poner diez, ò veinte mil pesos à censo, qué diligencias primero? si vale mas la finca? si hay censos anteriores? si puede haver engaño? Para conseguir un Pleyto de un gran Mayorazgo, qué antigüedades no se revuelven? qué descendencias? qué ramos, y qué derechos? Pues el Mayorazgo, el censo, y la hija, todo junto; ¡oh, con cuántas ventajas os vá en este negocio de el examen de la conciencia! Os vá el hacer vuestra alma Esposa de Jesu-Christo. Os vá el poner un censo de gloria en finca eterna. Os vá el conseguir el Mayorazgo de Dios. ¡Oh, qué bien logrado cuidado! qué bien empleada diligencia!

Pero yá veo turbadas mas de dos almas temerosas, que yá les parece, que jamás se han confesado bien, y que no han puesto tanta diligencia en el examen, y por eso siempre ansiosas, jamás se dán por satisfechas, haciendo con sus vanos temores odioso, y pesado este amabilísimo Sacramento. Entendamos, pues, escrupulosos: cierto es lo primero, que esta diligencia debe ser acerca de los pecados mortales, que son los que hay obligacion de confesar. (Suar. & commun. DD.) Con que quien por la gracia de Dios no halla en su alma pecado mortal; aunque no haga mas examen, eso basta. Cierta es lo segundo, que esta diligencia no debe ser nimia, sino prudente. No obliga à nadie à que se esté pensando mas, y mas, hasta quanto pueda alcanzar, no. Oh, que si yo pensára otra hora, dice el escrupuloso, quizá hallára otra, ò otras culpas. No estais obligado à esa hora. Pero tengo mala memoria, y así quisiera escribir mis pecados. No estais, ni vos, ni nadie obligado à escribirlos de ningun modo. ¿Y si se me olvidan algunos? Mas que se olviden, no será yá culpa vuestra. No estais, digo, obligado à escribirlos. Cierta es lo tercero, que no nos obliga Dios en este Sacramento à confesar todos los pecados, que hemos hecho, sino solo aquellos, de que allí nos acordáremos, haviendo hecho diligente examen; y si algunos se olvidan, quedan perdonados, quedan absueltos, y solo nos queda la obligacion de confesarlos, si despues se nos acordaren. ¿Quédan absueltos? Sí: bastará que os lo diga un Concilio? Pues así os

lo dice el de Trento. (Sess. 24. c. 5.) Ahora, pues, qué ansias son esas, con que no pocas almas se afligen, de que se les olvidó una, ò mas culpas? que nada importa que se olviden; y temo mucho, que por pensar solo en esto, se olviden del todo del dolor, y arrepentimiento, sin el qual la Confesion será sacrilega.

Cierta es, por último, que la diligencia en el examen, no obliga igual à todos, sino mas, ò menos diligencia, segun el tiempo que ha que se confesó, segun la repeticion de las culpas, segun los peligros, negocios, y ocasiones en que anda, segun la capacidad, segun el modo de vivir. Quien se confiesa cada tres dias, ò cada ocho; quien no vé, que no ha menester tanto examen, como el que se confiesa cada año? La pieza que se barre todos los dias, mas presto se barre, que la que ha un año entero que se barrió, que hay mucho que sacudir. Una muger, que solo entiende en el recogimiento de su casa, su familia, y sus devociones, y honrados entretenimientos, menos tiene que examinar, que un Juez, un Escribano, un Procurador entre negocios graves, y todos de peligro. Poco peyne le basta al que trae poco pelo para defenmarañarlo; pero para esas cabelleras tan esponjadas que se usan, mas peyne es menester. El que vive cuidadoso de su alma, retirandose de ocasiones, menos tiene sin duda que pensar para examinar, que el que vive desahogado, metiendose sin reparo en los peligros. Un Lavandero, con menos diligencia se lavará las manos, que no las lavará tan facil un Herrero, que el uno anda con el agua, el otro con el carbon; pero segun su estado cada uno: *Scrutemur vias nostras, & queramus, & revertamur ad Dominum,* nos dice Jeremías. (Jerem. Toren. 3. v. 4.) Examinemos nuestros pasos, escrudinemos nuestros caminos, que si ahora con el diligente examen no nos perdonamos nada à nosotros mismos, nos librarémos de la condenacion en aquel terrible Juicio de Dios. S. Pablo es quien nos lo asegura: *Quod si nosmetipfos didicavimus, non utique judicavimus.* Alma, qué sentencia quisieras allí, quando Dios te ponga delante todas tus culpas? Pues tú eres ahora el Juez, dá tu sentencia. Si acá nada te perdonas, nada te disimulas: si todo arrepentido lo confiesas, allí se te perdonará todo. ¡Oh, qué consideracion! ò del mayor consuelo, si sabemos lograrla, ò del horror mas terrible, si no la aprovechamos, que se estremecon aqui aun los mas Santos.

Refiere S. Juan Climaco, (In Scala Cœli gradu 70.) que habitó en el Monte Synai un Monge de prodigiosa vida, llamado Estevan, cuya austeridad admirable era el espejo de todos los conventos Anacoretas. Eran sus lágrimas continuas, sus ayunos perpetuos, su cama las desnudas piedras, y su descanso las sangrientas disciplinas. Así vivió, hecho afombro de penitencia, por espacio de quarenta años. Dióle la enfermedad última, y yá muy cercano à la muerte, asistiendole algunos Monges, de repente empezó à mostrar grandes congojas; miraba, yá à la una parte, yá à la otra de

su penitente lecho, como que, lleno de temor, veía presente alguna cosa, que le arrebatava todo el corazon. Y à poco rato dixo: *Asi es, yo lo cometí; pero por eso me confesé, y ayuné tanto tiempo por ese pecado.* Volvió à quedar mudo, hablando solo con las señas su sobrefalto, y dixo luego: *Mentis, mentis, que yo no he hecho tal cosa.* Volvió à callar, y luego: *Es verdad, yo lo hice; pero he hecho penitencia por eso tanto tiempo.* Y con esto, mirando à una parte, no se segaban sus congojas, y los circunstantes atonitos, hasta que por último dixo: *Asi es, yo lo cometí, y no tengo que responder, sino que me valga la misericordia de Dios.* Y diciendo esto espiró, dexando à los presentes dudosos de si logró su salvacion. Y si esto le sucede en aquel Juicio à un hombre de quarenta años de vida tan penitente; ¿qué espera quien así no vive? Adelantemonos, pues, à este juicio con el examen de nuestras conciencias. Nada nos perdonemos en nuestro Tribunal para conseguir la gracia, si en el Tribunal de Dios queremos conseguir la Gloria.

## PLATICA VI.

DEL MODO CON QUE SE DEBE hacer el examen de la Conciencia.

A 27. de Noviembre de 1692.

QUE cosa será aquella, que siendo la que está mas cerca, al mismo tiempo es tambien la que tenemos mas apartada? Aquella, que estando tan junta, que ni un punto la sepára, esa misma al mismo tiempo está tan distante, que todo un mundo de por medio la divide? Quál será? Mas qué, no lo adivinan? Una misma cosa, à un tiempo la mas cerca, y la mas lexos, son extremos encontrados. La mas junta, y à ese tiempo tambien la mas distante, son términos repugnantes. ¿Qué podrá ser? Pues mientras teniendolo tan cerca no lo aciertan, oyganse el responder à S. Gregorio el Grande, cuyo es el enigma: *Quid viciniis nobis est corde nostro? Qué cosa tenemos mas cerca, que el corazon? Yá se vé, como dentro del pecho: Et tamen, cum per pravas cogitationes spargitur, à nobis cor nostrum longius evagatur.* Y con todo eso, qué cosa mas lexos, que ese corazon, quando nos lo sepára en defeos, ansias, y cuidados todo un mundo? (Apud Corn. in cap. 46. Isai. v. 8.) ¡Ah, corazon humano! qué cerca para tu daño, qué lexos à tu socorro! Qué junto para acarrearos los males, qué distante para buscar los remedios! *Redite pravariatores ad cor,* nos clama Dios por Isaias: Volved descaminados, volved perdidos, volved descarriados; y adónde? A vuestro corazon. Largo viage, grande distancia, difícil camino. Sí, así les parece el examen de su conciencia à los que viven muy